

Zorrilla de San Martín y Chile

I

ENTREVISTAS EN MAYO DE 1931

CONOCI a don Juan Zorrilla de San Martín en su casa montevideana de la calle Rincón la noche del 16 de mayo de 1931.

Era un hombre bajito, de cabellera rebelde y canosa y peinada hacia atrás, con un matorral de cejas sobre los ojos vivísimos, trato llano, voz rica y movilidad física tal, que parecía que hablaba con todo el cuerpo.

Padre de una familia numerosa, sus nietos habían dejado atrás a los 33 orientales de Lavalleja el héroe.

Esa noche del 16 de mayo y el 19 y otros días, me habló de Chile y de su permanencia en Chile con generosidad temporal y afectiva. Y de esas conversaciones y de mis lecturas posteriores son fruto las notas que ahora doy en esta revista.

Andar por Montevideo en su compañía era una lección.

—Don Juan, ¡qué bien!

—Ahí va don Juan Zorrilla.

Y es que don Juan Zorrilla de San Martín era, a los 76 años y desde hacía muchos, un patriarca querido por blancos y colorados.

Y su casa de la calle Rincón era la casa de todos.

Cuando, meses más tarde, el 3 de noviembre, deje de respirar, el cadáver del anciano glorioso será velado en la plaza de la Independencia, al pie del monumento a Artigas.

Y su casa de Punta Carreta será adquirida por el Estado y convertida en Museo Nacional y Escuela de Civismo (10 de febrero de 1943); y sus calles de acceso llevarán nombres de personajes de su poema *Tabaré*.

II

LA NIÑEZ RIOPLATENSE

Hijo de don Juan Manuel Zorrilla de San Martín y de doña Alejandrina del Pozo, nace en Montevideo el 28 de diciembre de 1855.

Su familia paterna procedía de una aldea del valle del Soba: San Martín, en la provincia de Santander. Pero su padre don Juan Manuel ya había nacido en otra aldea vecina: San Pedro; y había emigrado casi niño hacia las orillas del Paraná.

El poeta de *Tabaré* visitará un día, con dos de sus niños, siendo embajador en Madrid, el valle de sus abuelos.

Abramos *Resonancias del camino*:

“La tarde va cayendo; las montañas comienzan a envolverse en sus vapores grises en primer término, y casi violetas más allá. Parece que la naturaleza cierra lentamente los ojos con una sonrisa triste.

Los arbustos del borde del camino y las rocas van apareciendo casi repentinamente al llegar a ellos, como si les interrumpiéramos el sueño.

Todos seguimos silenciosos uno detrás del otro: el atajo es muy estrecho. Hasta mis muchachos se han callado, y ya nada preguntan sobre lo que ven a un lado y a otro medio esfumado.

Un eco dulce salido de entre los cerros inmediatos llega a mis oídos: pocas veces una campana me ha producido un efecto semejante.

No había duda: aquélla era una campana echada a vuelo: no era la lenta melodía del Angelus: su sonido era prolongado, alegre; no tenía la melancolía de la campana aislada que parece deleitarse en

dejar morir el eco con agonía larga, y en sentirlo hundirse en la distancia como en un sepulcro. Aquellas campanas reían: sus notas se atropellaban como las de una carcajada. Me pareció, al sentir las en medio de aquella tristeza azulada de las montañas dormidas, la risa de un niño en medio al silencio de una familia de luto.

¿Eran aquéllas las campanas de San Pedro, el pueblecito paterno? ¿Por qué reían así, en vez de rezar, si era la hora del Angelus? ¿Reían acaso conmigo las buenas campanas de la montaña?

Yo empecé a presumirlo; más aún: estaba seguro; las entendía.

—¿Qué campana es ésa?

—Son las de San Pedro.

—¿Y a qué tocan?

—¡Oh! Los pobres de la aldea no tienen otro modo de manifestar su alegría al recibir a las personas que quieren. Esas campanas lo reciben a usted. Mire usted, además, hacia adelante: el pueblo sale a su encuentro.

Como de sorpresa, efectivamente, pues no lo había visto a causa del gris crepuscular que todo lo envolvía, me encontré con un grupo de hombres casi a mi lado. Era un grupo de labradores que, con el dalle al hombro, bajaban entre los riscos a mi encuentro, de vuelta de la faena del día. Un momento después, yo me arrojaba entre ellos de mi caballo, y estrechaba sus manos callosas entre las mías, sintiendo en los ojos el agrio de mis lágrimas.

Más allá estaba otro grupo: el cura párroco, los vecinos, las mujeres, los niños. Estos últimos, al verme abrazar por sus padres, que me saludaban a gritos, pronunciando su apellido, el mismo mío, prorumpían en ¡vivas! clamorosos, cuyas notas, unidas a las de las campanas que seguían volteando como locas, formaban un acorde infantil y sagrado.

¡La canción del regreso! Yo no llegaba por primera vez a aquel valle que por primera vez pisaba; yo regresaba a él. Mi padre había salido de allí casi niño, hacía sesenta años: yo regresaba con mis hijos, con los nietos uruguayos del noble viejo montañés de larga barba blanca, como la nieve de estas montañas, no más blanca, por cierto, que su conciencia de hombre de bien. ¡Bendita sea su memoria!

Todos sabían que yo pensaba entonces en mi padre; y aunque ya era casi de noche, y no se veían bien las caras, todos sabían que yo no hablaba porque tenía que llorar" (págs. 114-117, t. II, ed. de 1930).

Don Juan Manuel había, pues, emigrado casi niño al Uruguay; y esforzado como buen montañés de la tierra de Menéndez Pelayo y Pereda, había prosperado y adquirido un campo.

Doña Alejandrina del Pozo muere de 27, cuando Juanito tiene apenas año y medio. Pero la abuela materna y las tías sabrán despertar en el niño, y mantenerle, el culto por la madre no conocida.

Comenzó Juan Zorrilla de San Martín sus estudios a los 9 años, como interno en el Colegio de jesuitas de Santa Fe (Argentina).

"Mi buen Colegio de Santa Fe!... —dirá un día el escritor—. Era un antiguo convento de padres mercedarios, lleno de color y de carácter; había sido testigo del nacer de nuestra civilización; tenía techumbres de troncos de palmeras, muros de piedra cruda y una vetusta torre almenada que era todo un símbolo..."

Y muchas enredaderas de flores azules, y, sobre todo, muchos naranjos de flores nupciales y de frutos generosos" (*Huerto cerrado*, pág. 154).

Permaneció allí desde 1865 a 1867. Regresó a Montevideo y continuó estudios en los Padres Bayoneses. Y volvió a Santa Fe en 1872 y ahí obtuvo en 1873 su título de bachiller.

I I I

JUVENTUD EN CHILE. LA ESTRELLA DE CHILE. "NOTAS DE UN HIMNO". ESTUDIOS DE DERECHO

"La cultura uruguaya —dice Lauxar; y se desprende claramente de *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, de Arturo Ardao (México, 1950)— era por los años en que corría la juventud de Zorrilla de San Martín, ruidosamente anticatólica". Por eso, las familias católicas pudientes preferían educar a sus hijos en el exterior.

Y, así, ya habían venido a Chile otros uruguayos como Carlos Berro y Carlos y Luis Piñeiro del Campo.

Carlos Piñeiro no volvió a su tierra: murió ahogado en el Lago Llanquihue en el verano de 1871. Y Luis enfermó de tal modo, que Raimundo Larraín Covarrubias y Juan de Dios Vial Guzmán hicieron especialmente un largo viaje por mar—Valparaíso, estrecho de Magallanes, Montevideo— para restituir a su patria al amigo enfermo. (Raimundo Larraín contará después ese viaje en el vol. X de *La Estrella de Chile*, págs. 413-421).

A la vuelta, en marzo de 1874, los acompañó a Chile Juan Zorrilla de San Martín.

En Santiago, residió sucesivamente en dos lugares: el Patrocinio de San José y el Colegio de San Ignacio, sin que por ahora pueda precisar dónde estuvo primero, aunque supongo que en San Ignacio.

El Patrocinio de San José lo había fundado en 1872, en la calle Santa Rosa, el caritativo sacerdote don Blas Cañas; y fuera de asilo de niños, era, allá por 1876, al celebrar su cuarto aniversario, sede de una academia literaria que tenía por lema: hablar y escribir bien; y es posible que también tuviera algunos cuartos para estudiantes universitarios.

San Ignacio era un establecimiento de enseñanza primaria y secundaria; pero también contaba con algunas habitaciones para universitarios hijos de Presidente o algo parecido; y en una de esas habitaciones, compartiéndola con su compatriota Carlos Berro—hijo del Presidente don Bernardo— debió de acomodar sus libros y sus ropas Juan Zorrilla de San Martín.

Un día, el Rector, P. Ramón Morel—el mismo que más tarde había de fundar el Seminario en Montevideo— mudó a los uruguayos a una pieza más amplia y les dijo:

—Tráiganse a Ladislao.

Se trataba de Ladislao Errázuriz Echaurren.

Y los uruguayos tuvieron que hacerle hueco al hijo del Presidente de Chile, don Federico Errázuriz Zañartu, que si por aquellos días peleaba con los conservadores, educaba a sus hijos con los jesuitas y aún hacía que el universitario Ladislao siguiera viviendo en San Ignacio.

El Presidente de Bolivia don Tomás Frías enviaba a su amigo el de Chile bue-

nos sacos de café de Yungas; y Ladislao se ingeniaba para que parte de él fuera a parar a la pieza estudiantil de San Ignacio.

Verdad que había que proveerse de agua caliente, preparar concienzudamente el café, distribuirlo y lavar las tazas para el día siguiente; pero el trabajo se dividía con equidad y cada noche los muchachos saboreaban, como ellos decían, "el mejor café del mundo".

Había crecido Juan Zorrilla de San Martín en el culto de una mujer desaparecida: su madre; al partir a Chile a estudiar Derecho, había dejado en Montevideo una novia.

Ya en Santiago, había trabado conocimiento con Ofelia la de *Hamlet* y con las *Rimas* y las *Leyendas* de Bécquer. ¿Qué atmósfera más apropiada—nostalgia, soledad— para que Zorrilla se sintiera poeta?

El estímulo exterior, del medio, tampoco faltaba.

Se publicaba por esos años en Santiago, en la calle Agustinas 19 J, en un inmueble situado entre las calles Ahumada, Moneda, Bandera y Agustinas y que en otro tiempo albergó muchas realizaciones e ideas católicas: la Unión Católica, el Círculo Católico, la revista de que voy a hablar, la Universidad Católica primitiva, y, años más tarde, la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos; se publicaba, digo, por esos años, una revista, *La Estrella de Chile*, que vivió 12 años y que fué el periódico chileno más literario de su tiempo y quizá de todo el siglo XIX.

Lo había fundado en octubre de 1867 un grupo de hombres memorables; y dejó de salir sólo cuando la guerra del 79 hizo de la guerra la preocupación absorbente de Chile.

De sus redactores y colaboradores podría hacer una larga lista; pero no quiero invadir el campo de la memoria de un alumno mío, Santiago Quer Antich; y me limitaré a recordar, entre sus firmas y por orden alfabético, a:

Carlos y Vicente Aguirre Vargas, Carlos Aldunate Solar, Ramón Araya Echeverría, Manuel Egidio, José Ramón y Francisco de Borja Ballesteros, Ramón Bañados Espinosa, David Bari, Juan Agus-

tin Barriga, Francisco Bello, Ventura Blanco Viel, Ramón y T. Servando Brieseño, Hortensia Bustamante de Baeza, Rosendo Carrasco, Adolfo Carrasco Albano, Pascual Casanova, Abdón Cifuentes, Francisco A. Concha Castillo, Ricardo Cousiño, Manuel Cristi, Pedro N. Cruz, Alberto Félix Dávila, Rafael y Mariano Egaña, Crescente Errázuriz, Rafael Errázuriz Urmeneta, Antonio Espiñeira, Santiago Escuti Orrego, José Sótero Fabres, José Víctor y Evaristo Gandarillas Larraín, Salvador García Reyes, Alfredo y Rafael Garmendía Reyes, Rafael Ginard de la Rosa, Francisco González Errázuriz, Carlos Grez Torres, Rafael B. Gumucio, José Ramón Gutiérrez, Guillermo Herrera, Manuel Antonio Hurtado Jaraquemada, Manuel José Irarrázabal, Hermógenes de Irisarri, Ramón Angel Jara, Onofre Jarpa, Alejandro Larraín, Raimundo Larraín Covarrubias, Máximo Latorre, Eusebio Lillo, Máximo R. Lira, Rómulo Mandiola, Ruperto Marchant Pereira, Ventura Marín, Enriqueta Meiggs, Marcos y Mauricio Mena, Justo Molina, Manuel Ambrosio Montt, Carlos Morla Vicuña, Camilo Munita Gormaz, Esteban Muñoz Donoso, Valentín Murillo, Enrique Nercasseaux y Morán, Rosario Orrego de Uribe, Eduardo Ossa, Fernando Paulsen, Pedro Nolasco Préndez, Luis Francisco Prieto del Río, Carlos V. Risopatrón, Juan Francisco Riveros, Zorobabel y Pedro Jesús Rodríguez, Juan R. y Raimundo Salas Errázuriz, Jorge y Wenceslao Smith, José Antonio Soffia, Bernardo y Fermín Solar Avaria, Amelia Solar de Claro, Enrique del Solar Marín, Ramón Sotomayor Valdés, Francisco y Ramón Subercaseaux, Víctor Torres Arce, Alberto Ugarte, Antonio Varas (h.), Pío Varas, Quiteria Varas Marín, Luis A. Varela Solar, Francisco Vargas Fontecilla, Angel Vásquez, Rodolfo Vergara Antúnez, José Francisco Vergara Donoso, Juan de Dios y Santiago Vial Guzmán, Javier Vial Solar, Benjamín Vicuña Mackenna, Benjamín Vicuña Solar, Carlos y Joaquín Walker Martínez, José Zapiola.

Eso entre los chilenos.

Entre los extranjeros y fuera de los uruguayos Juan Zorrilla de San Martín, Carlos Berro y Luis R. Peñeiro del Campo, ya nombrados, mencionaré sólo a los colombianos Jorge Isaacs, Rufino José

Cuervo, Miguel Antonio Caro, Rafael Carrasquilla, Rafael Pombo, Isidoro Laverde Amaya y Belisario Peña; a los peruanos Juan de Arona, José y Felipe Pardo y J. Arnaldo Márquez; a los ecuatorianos Juan León Mera y Luis Cordero; a los bolivianos Gabriel René Moreno y Joaquín Lemoine; el cubano José Luis Alfonso; a los argentinos Amancio Alcorta, Santiago y José Manuel Estrada y al español Federico Cervi.

Para disponer de un buen equipo de escritores, se formó el *Círculo de Colaboradores de La Estrella de Chile*, que se reunía semanalmente frente a *La Estrella*, en la calle Agustinas, en el palacio de doña Luz Covarrubias de Larraín, correspondiente al Hotel Crillón de hoy.

Doña Luz, viuda desde joven, había querido dar a su hijo único, Raimundo, una formación sólida y un grupo de amigos de acuerdo con sus ideas y normas de conducta. ¿Qué mejor conjunto que aquél?

Según los recuerdos de Zorrilla de San Martín, a doña Luz, viuda de don Raimundo Larraín Gandarillas, madre de Raimundo Larraín Covarrubias y abuela de los Larraín García-Moreno de hoy, todos la llamaban la mamita. Y en realidad, doña Luz fué el mecenas, la animadora, la madre espiritual de aquellos jóvenes entusiastas que cada semana se reunían en su casa a leer y comentar trabajos literarios y a continuación consumían buena parte de lo que diariamente traían las carretas desde los fundos de Aculeo, El Peñón y Mallarauco.

Que el *Círculo de Colaboradores* no era una sociedad de bombos mutuos lo prueban las críticas mismas de Zorrilla a Marchant Pereira, a Enrique del Solar; y la de Juan Agustín Barriga a Zorrilla de San Martín.

Las observaciones de Barriga quedaron inconclusas. Pero ya había dicho bastante e insinuado más. De todos modos, la amistad entre Barriga y Zorrilla de San Martín continuó firme, hasta la muerte.

Igual carácter de esclarecimiento amistoso tuvo la polémica filológica de Zorrilla de San Martín con Jorge Smith. Al mismo tiempo que discrepaba de él, le dedicaba una poesía.

Entre los hombres más oídos en *La Estrella de Chile*, hay que mencionar a Ra-

fael B. Gumucio, editor responsable; Zorobabel Rodríguez, Abdón Cifuentes, Carlos Walker Martínez, Enrique del Solar, Vicente Aguirre Vargas, Raimundo Larraín Covarrubias.

Zorrilla de San Martín llegó a pesar tanto o casi tanto como ellos. Tanto, que en el número del 6 de agosto de 1876 se dice que *La Estrella* queda a cargo de un directorio de 12 personas, entre las que figuran Carlos Berro y Zorrilla de San Martín. Y al año siguiente, el 1º de junio, Sotomayor Valdés envía una colaboración y se la envía a Zorrilla de San Martín (Ver *La Estrella*, t. XIII, p. 339).

Muchos otros amigos tuvo Zorrilla de San Martín en Chile: además de sus profesores, personalidades como Manuel José Irarrázabal, Blas Cañas, Macario Ossa, y muchachos o condiscípulos como Federico Errázuriz Echaurren y Germán Riesco, más tarde Presidentes de la República.

Hubo otro círculo al cual perteneció Zorrilla de San Martín en sus días santiaguinos: la Sociedad para el estudio de las ciencias políticas, que se reunía en los salones de *El Independiente* y que el 6 de junio de 1877 elegía la siguiente mesa directiva: Presidente, Zorobabel Rodríguez; Secretarios, Máximo R. Lira y José Francisco Vergara Donoso; Tesorero, Joaquín Walker Martínez.

Descubierta su propia afición, Zorrilla de San Martín se lanzó a escribir con el entusiasmo que ponía en todas sus empresas.

Verso y prosa, con su firma o con el seudónimo de Julio M. Montero.

Sus colaboraciones en *La Estrella de Chile* se acercan a las cincuenta.

Algunas de las poéticas pasaron, transformadas o no, a *Notas de un himno*.

Y no sólo escribió. Cultivó la oratoria, género en el que iba a descolgar casi tanto como en poesía.

El 15 de agosto de 1875 obtuvo en Santiago un triunfo oratorio-poético anunciador de otros que seguirían en Chile, en Uruguay, España y otras tierras.

Después de reseñar la participación de los señores Abdón Cifuentes, Alejandro Larraín, Juan Francisco Riveros, Rafael B. Gumucio, Ruperto Marchant Pereira, Javier Vial Solar y Francisco A. Concha Castillo, ante un público de 2 mil almas,

El Independiente del 17 de agosto de 1875 informa:

"Pero el triunfo más espléndido, más hermoso, más unánime en la bella fiesta del domingo, fué el alcanzado por el joven poeta (es casi un niño) don Juan Zorrilla de San Martín...

"Es poeta y es todo un orador. Supo comunicar mágicamente al auditorio todo el calor de que su alma generosa se sentía poseída, supo dominarlo, sacudirlo, hacerle esclavo de sus armoniosos versos, y hehe ahí aplaudido en cada estancia, en cada verso, en cada palabra".

La Estrella de Chile, por su parte (t. IX, N° 416, 26 de septiembre de 1875, p. 984), transcribe elogiosos ecos montevidéanos de *La Idea* y *La Voz de la Juventud* con motivo de la fiesta del 15 de agosto.

(Entre paréntesis, para *La Idea*, Chile era "la tierra clásica de la poesía". ¿Qué hubiera dicho Menéndez Pelayo?)

Y no sólo actuó en Santiago. Los versos de *Pontífice* y *Rey* fueron leídos —con éxito grande— en la asamblea con que Valparaíso conmemoró el 50º aniversario de la exaltación de Pío IX al episcopado.

Con algo de lo dado a conocer en *La Estrella de Chile* y algunas composiciones más (que por su carácter más intimista no había entregado a la revista), formó Zorrilla de San Martín un libro, *Notas de un himno*, que le editó *La Estrella de Chile* y le prologó su editor, Rafael B. Gumucio (El prólogo también apareció en la revista, vol. XIII, p. 721).

La publicación se anunció oportunamente; y ya antes de aparecer el libro, habían llegado pedidos desde Montevideo, Buenos Aires, Santa Fe y Santiago.

Precio del ejemplar: \$ 2.

Para celebrar la aparición de *Notas de un himno*, don Carlos Walker Martínez organizó un banquete en el Gran Hotel. Se realizó el 23 de agosto de 1877.

El encargado de negocios del Uruguay, don José Arrieta, debido a compromisos anteriores, no pudo asistir. Envió, eso sí, una carta que leyó don Ventura Blanco.

Naturalmente, hubo muchos discursos.

Hablaron Carlos Walker Martínez, dos veces; José Zapiola, Ventura Blanco Viel, dos veces; Rafael B. Gumucio, tres veces; José Tocornal, Joaquín Walker Martínez, Rafael Garmendia Reyes, Máximo R. Lira, los uruguayos Augusto V. Serralta, dos

veces, y Avelino F. Valdés; Carlos Aldunate Solar, Juan Agustín Barriga, Francisco Concha Castillo, Carlos Tocornal y Guillermo Errázuriz Urmeneta.

Zorrilla de San Martín intervino dos veces.

Rafael Garmendia Reyes hizo notar que en aquella reunión faltaba Carlos Berro. Había regresado al Uruguay a fines de 1876 o a comienzos de 1877 (no en 1873, como dice Arturo Scarone).

En el ejemplar destinado a una hija de Carlos Walker Martínez, señorita Sofía Walker Linares (futura señora Rivas Vicuña), escribió Zorrilla de San Martín una dedicatoria que todavía recordaba 54 años más tarde, en 1931, cuando me la transcribió de su puño y letra en apunte que conservo.

Dice así:

DEDICATORIA EN "NOTAS DE UN HIMNO"

A Sofía Walker y Linares

El porvenir, en sus oscuras nieblas,
Esconde tu destino y mi destino.
¿Quién sabe si entre el polvo de sus tiempos
No se encuentren tus pasos y los míos?

Toma mi libro; encontrarás mi alma,
Del porvenir en el oscuro abismo,
Si tus labios reflejan en su fondo
Una nota arrancada de sus himnos.

Santiago, 1877.

Zorrilla de San Martín había venido a Santiago, entre otros motivos, a estudiar Derecho, y Derecho estudió en la Universidad de Chile.

El Rector de aquellos años era el sabio polaco chilenezado don Ignacio Domeyko; y entre sus profesores de la Escuela de Leyes me recordaba don Juan especialmente a don Crescente Errázuriz, don Clemente Fabres, don Enrique Tocornal Grez, don Jorge Huneus Zegers y don José Antonio y don José Bernardo Lira, como pudo haberme agregado los nombres de don Enrique Cood, don Cosme Campillo, don Juan Escobar Palma, don Miguel A. Varas H. y tantos otros ilustres maestros.

Practicó en el bufete de don Carlos Walker Martínez; y se graduó el 14 de diciembre de 1877, como lo acredita el certificado que sigue:

UNIVERSIDAD DE CHILE

Certifico que según consta del acta de la sesión del Consejo Universitario de 14 de diciembre de 1877 se confirió el grado de Licenciado en Leyes y Ciencias Políticas a don Juan Zorrilla de San Martín.

Santiago, 19 de octubre de 1955

Carmen Covarrubias

Jefe suplente de la Sección Títulos y Grados

4 estampillas de \$ 50 c/u.

Ya graduado, don Juan regresó a su tierra a comienzos de 1878.

I V

RECALADAS EN CHILE Y EN LO CHILENO

Dos veces más volverá Zorrilla de San Martín a Chile: en 1910, con motivo del centenario de la primera junta nacional de gobierno; y en el verano de 1926, a ver a su hijo Juan Carlos, sacerdote jesuita, y a pasar algunos días de descanso en las Termas de Chillán.

En 1910 vendrá en calidad de embajador extraordinario y en compañía de Rodó; y se hospedará en la que más tarde va a ser embajada argentina (Av. Vicuña Mackenna); y en 1926, sus compañeros de viaje serán su hijo Gerardo y don Alejandro Gallinal y don Alejandro Gallinal Heber.

En esta segunda ocasión llega a Santiago la noche del 22 de febrero, se hospeda en el Hotel Victoria (calle Huérfanos esq. San Antonio); renueva su trato con *old boys* como Abdón Cifuentes, Ismael Tocornal, Francisco Concha Castillo, Juan Agustín Barriga, Javier Vial Solar, etc., y escribe a la revista *San Ignacio* una carta que reproducimos:

"Esta revista "San Ignacio" me hace un precioso obsequio al darme esta página cuando llego a Chile, a esta amable tierra, después de una ausencia de medio siglo. En esta revista figurarán principalmente los nietos de mis viejos amigos, de los visibles y de los invisibles. Me siento bien con todos ellos: con los nietos y con los abuelos, con las luces y con las sombras.

Todos son más o menos de mi edad, de la edad de mi corazón.

En esa compañía, poseído de un sentimiento complejo, mezcla de alegría y de tristeza, que acaso se llame melancolía o añoranza (*saudade* la llaman los portugueses), dejo otra vez esta tierra querida en que pasé mi primera juventud, para no volverla a ver acaso, cuando menos desde este lado del tiempo.

Y al dejar mi abrazo de despedida a sus niños visibles y a sus viejos, visibles o invisibles, amigos míos, creo dejarlo en el alma inmortal de esta nación, llena de recuerdos y de glorias.

(Firmado) Juan Zorrilla de San Martín.
Santiago, marzo de 1926".

Pero como recuerdo o alusión escrita a Chile, tal vez es más decidir el discurso del 3 de junio de 1903, con motivo del viaje de la "Delegación chilena en el río de la Plata", o sea, el viaje de los cruceros *Blanco Encalada* y *Chacabuco*, que iban a retribuir la visita del acorazado *San Martín* y afianzar más las relaciones chileno-argentinas.

"He tenido que meditar muchas veces sobre el problema internacional hispano-americano, en sus relaciones con los destinos de mi país. Pero yo os aseguro francamente que no es nada de eso lo que recuerdo en este momento, que estimo un momento de felicidad. Yo estoy recordando y quiero recordar a mis viejos y queridos amigos de Chile; yo quiero vivir un momento, para vivirlo unido íntimamente con vosotros, en aquella época de mi vida en que, pasada apenas la niñez, y comenzada la primera juventud, se abrió mi espíritu entre vosotros a las primeras impresiones perdurables, a las germinales meditacioness, a los nacientes afectos viriles, a los augurales ensueños de gloria. Todo eso se confunde en mi recuerdo, señores, con vuestro Chile, dejadme que diga con nuestro Chile, tan noble, tan bueno, tan valiente, tan generoso; con las azules transparencias de aquellos vuestros valles; con vuestras blancas montañas esculturales y gloriosas, cuyos perfumes respiré con avidez, hasta saturarme de patria chilena, en esa edad en que los dolores y los desencantos de la vida no han nevado

aún sobre el alma, ni han logrado todavía encanecerla.

¡Recuerdos, recuerdos amables! Tomadlos, oh amigos, completadlos; yo os los arrojo sobre el alma, porque sé que despiertan en ella melodiosas resonancias. Son mi tributo, son mi obsequio.

Todo eso ha pasado en el tiempo, señores; pero no pasa en el alma que vibra, que vibra con acorde musical.

Aquellos mis viejos amigos de adolescencia me están escuchando con vosotros, estoy seguro, en este momento en que hablamos de Chile con cariño.

¿Desde dónde?

No lo sé. La vida los ha dispersado. ¡Oh buenos amigos!

¿Sus nombres?

No quiero pronunciarlos individualmente; son legión aérea que pasa melodiosa. Muchos de ellos llevan los mismos apellidos vuestros, oh nuncios de nuestra fraternidad; pero todos ellos se llaman amistad, triunfo del amor sobre el tiempo y el espacio. Los unos de entre esos amigos, que aparecen en mi memoria, han quedado ocultos en la vida del hogar; los otros han hecho de sus nombres resonantes otros tantos emblemas de gloria chilena y de esplendor americano.

Salta en este momento uno de esos nombres de entre la legión que pasa: es el del amigo de ojos claros y serenos, de mirada profunda y noble, de alma más noble y más transparente que su mirada juvenil: se llama Germán Riesco... Ah, señores, es verdad: hoy no puedo pronunciar a la ligera ese nombre sin irreverencia; hoy tengo que detenerme a saludar en él al ilustre actual Presidente de la República chilena. Deteneos, pues, conmigo, señores; levantaos conmigo, yo os lo ruego, a saludar, entre aplausos, al esclarecido ciudadano que hoy rige los destinos de la gran nación hermana...

(*El auditorio se pone de pie y aplaude largamente el nombre del Presidente de Chile*).

Y, sin embargo, señores, otros amigos míos han subido más alto que él, mucho más alto todavía: algunos de ellos, algunos de los más queridos han muerto... y han muerto por la patria! Arrojadlos al fuego de la batalla, se han transformado

en perfumes; sumergidos en la noche de la muerte... se han convertido en auro-ras”.

V

EL URUGUAY. LAS BATALLAS DE DIOS. “LA LEYENDA PATRIA”. LOS ZORRILLA DE SAN MARTIN Y BLANCO. LA VOZ DE LA PATRIA, DENTRO Y FUERA

Apenas vuelto a su Montevideo, Juan Zorrilla de San Martín es nombrado juez, se casa con Elvira Blanco, la novia que lo había esperado cuatro años y a la cual él había recordado en versos nostálgicos (*Déjame pensar*, p. e.); y se da a secundar la obra cristianizadora de don Mariano Soler, a batallar las batallas de Dios.

Daniel Muñoz, el gallardo *Sansón Carrasco*, funda el 13 de octubre de 1878 *La Razón*, “sin otro programa que combatir al catolicismo y demás religiones positivas” (Ardao: *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, p. 110).

Días más tarde, el 1º de noviembre, Zorrilla de San Martín comienza a publicar un periódico que enfrentará al de Muñoz: *El Bien Público*.

Consecuencia: polémicas acaloradas que se prolongan muchos años.

El Bien Público iba a sobrevivir a su fundador.

Cincuenta y tres años después de la fundación de ese periódico, al constatar la transformación operada en el Uruguay de su tiempo, podrá Zorrilla de San Martín decirme:

—Yo he visto bendecir la piedra fundamental de todas las iglesias de Montevideo, con excepción de la Catedral.

En 1879 escribe, en una semana, matando el sueño a fuerza de café, *La leyenda patria*. Pero como excede el número de versos exigidos en las bases del concurso, el jurado no puede tomarla en cuenta.

Es en un pueblo cercano a Montevideo: La Florida.

Se leen las composiciones premiadas; y el público aplaude por cortesía. Pero sube a la tribuna el poeta no premiado; y la naturaleza se declara su aliada. Se abren unas nubes y aparece el sol.

“Era —dirá algún tiempo más tarde su adversario Daniel Muñoz, el de *La Razón*— era, el tal (poeta), pequeño de estatura, enjuto de carnes, y parecía imposible que tan endeble instrumento pudiese producir notas tan robustas. A medida que brotaban de sus labios los rítmicos acentos inspirados por el patriotismo, se iluminaba su mirada con resplandores guerreros, accionaban los brazos con atlético vigor, y el cuerpo mezquino se agitaba hasta adquirir proporciones colosales. Parecía que una aureola de luz le rodeaba y que de aquel foco irradiaban corrientes de entusiasmo que electrificaba hasta a las más apartadas filas del auditorio...”

Y cuando (éste) sintió los ateridos miembros entibiados por el calor que irradiaba aquel cerebro encandecido por el fuego del sentimiento patrio, prorrumpió en una manifestación solemne, grandiosa, estentórea, aclamando entre vivas y aplausos a Juan Zorrilla de San Martín como el cantor de las glorias nacionales” (*Artículos*, pp. 70, 72).

El poeta premiado se arranca del pecho la medalla que le han dado; pero Zorrilla de San Martín no acepta aquel traspaso. Se contenta con el aplauso y sobre todo con haber escrito algo que lograra electrizar a los cinco mil asistentes.

Y en adelante —y por mucho tiempo—, a cada reunión a que don Juan asista, el público lo obligará a repetir la recitación, de tal modo que, años más tarde, un cronista se creará en el deber de anotar como cosa extraña:

—Don Juan Zorrilla de San Martín no recitó su *Leyenda patria*.

A pesar de su relación familiar con el presidente Lorenzo Latorre, lo combate sin tregua desde *El Bien Público*. Luego, el gobierno de Máximo Santos, no contento con ordenar la prisión de Zorrilla de San Martín, firma su destitución de la cátedra universitaria que desempeñaba desde 1880.

El poeta pasa (1885) a Buenos Aires, donde llega a ser secretario de un comité revolucionario. Pero la revolución es vencida en los campos de Quebracho (31 de marzo de 1886).

Ya presidente Tajés, puede Zorrilla de San Martín regresar a Montevideo.

Muere su mujer, y poco después don Juan Manuel.

La muerte de Elvira provocó tres composiciones que quiero copiar, porque en Chile son poco conocidas: *La Soledad*, *Vestidos nuevos* y *Despoblación*.

LA SOLEDAD

La soledad se sienta al lado mío
De noche, a mediodía, en la alborada.
Yo la miro, y me mira... y le pregunto:
¿De dónde vienes? Habla.

De un desierto, me dice, de un desierto
Tendido en sus arenas abrasadas;
De un bosque cuyos pájaros murieron
En una noche demasiado larga;

De las ruinas de un templo abandonado,
Entre las cuales los recuerdos andan
Como alondras heridas y sin nido
Que buscan sitio en que morir calladas;

De una llanura que crucé de prisa,
En la noche, después de una batalla;
Vengo hasta aquí desde muy lejos... Vengo
Del fondo de tu alma...

VESTIDOS NUEVOS

No había visto a mis hijos esa tarde,
Y la noche pasó...
De su vestido nuevo haciendo alarde,
La vi correr a mí, cuando me vió.

Contenta y sonriente, me mostraba
Su falda lisa, llena de ilusión...
Era el traje de luto el que llevaba...
¡Su primer vestidito de crespón!

Quería compartiésemos su alegría;
Pero quería más;
Tomándome la mano, me decía:
¿Y mamá? ¿Dónde está? ¿Me llevarás?

Oh sí, te llevaré dame la mano,
Le diremos adiós...
Pero... luego... después... aun es temprano...
¿Que acaso no nos quieremos a los dos?

.....
Llegaron los demás; un nudo estrecho
De aquellas ropas negras se formó.
Yo estrujaba la noche sobre el pecho.
La noche eran mis hijos, y era yo.

.....
Señor, Señor, perdona mis miserias.
¡Dame fuerzas, mi Dios;
Ponme sangre de madre en las arterias;
Ella no está... Tengo que amar por dos.

DESPOBLACION

Está vacío el puesto que ocupaba
A mi lado en la mesa,
Y el que ocupaba al lado de mis hijos
Al hacer su oración cuando se acuestan.

Mis auroras son frías y calladas;
Mis noches mudas, negras...
¡Válgame Dios! ¡Qué largo es el camino!
¡Señor! ¡Qué despoblada está la tierra!

Para dar una madre a los cinco hijos huérfanos, casa (1889) con una hermana de la desaparecida: Concepción Blanco. Con lo cual los Zorrilla de San Martín y Blanco, hijos de dos hermanas, llegarán a 16.

Don Juan será diputado (1888) y luego embajador ante España y Francia (1891-97).

En 1892, cuando el mundo hispánico trata de recordar la epopeya del descubrimiento, Zorrilla de San Martín asumirá en la Rábida la representación de nuestra América. Más tarde, contará sus vacaciones por Europa en *Resonancias del camino* (1895); y gestionará en Roma (1897) la erección del primer arzobispado uruguayo.

Y cuando el desgobierno de Cuestas lo deje cesante, regresará a Montevideo a seguir dirigiendo *El Bien Público*.

La Universidad le encomendará la cátedra de Derecho Internacional Público y más tarde la de Teoría del Arte.

Desde 1905, en el primer período de Batlle Ordóñez, fué delegado del gobierno en la sección emisiones del Banco de la República, y así su firma aparecerá en adelante como garantía en cada ejemplar de su papel moneda; y el poeta podrá decir que vive de su pluma, o que en Uruguay su firma es muy cotizada.

Llegará a ser la voz de la patria.

Cuando haya que representar al Uruguay en los funerales de Mitre (1906), el representante será Zorrilla de San Martín, que también lo será en Buenos Aires y Santiago cuando el Uruguay se asocie en 1910 a las fiestas centenarias, y en Río de Janeiro con motivo de un Congreso de Jurisconsultos (1912).

El día que haya necesidad de alzar un monumento escrito al jefe de blandengues, se escogerá, no a un historiador, sino al poeta Zorrilla de Martín, que cantará en prosa *La Epopeya de Artigas* (1910); y cuando se inaugure el monumento al mismo Artigas (1923), naturalmente será don Juan el encargado del discurso.

Un día (1919) dará a Amado Nervo el empujoncito último para la reconciliación

con el Dios de sus primeros años. Otro será embajador en el Paraguay (1921).

Recibirá un homenaje nacional en vida (1925); y cuando en la primavera de 1931 el cadáver de don Juan Zorrilla de San Martín sea velado al pie del monumento de Artigas, parecerá como que el Uruguay no quiere convencerse de que ha perdido la voz.

V I

EL INDIO DE OJOS CLAROS LLEGA A SER EL INDIO DE LOS OJOS AZULES: TABARÉ

Pero no estaría yo conmemorando a don Juan Zorrilla de San Martín si no fuera el autor de *Tabaré*.

Había en San Ignacio por aquellos años en que don Juan estudiaba Leyes en la Universidad de Chile, un sacerdote catalán algo evasivo, el P. Francisco Enrich, que no pertenecía al personal del Colegio, sino que vivía aquí dedicado a recopilaciones históricas.

Zorrilla de San Martín solía pedirle que le refiriera historias de interés poético.

"El padre Enrich, muy dado a sus tareas —refiere *Lauxar*— no gustaba distraerse de ellas para suministrar argumento de ligeras composiciones al importuno huésped de la casa. Una vez, sin embargo, prometió, con aire de misterio, un relato curioso, y después de hacer esperar días y días la hora propicia para su narración, contó por fin que al sur de Chile había existido, entre las tribus araucanas, una, rara entre todas como fenómeno antropológico por el color de sus ojos claros: la tribu de los boroas. Durante la época de la conquista, cierto gobernador español de La Imperial tenía prisionero en la plaza a uno de estos indios de ojos claros. La ciudad fué inesperadamente atacada una noche, al favor de las sombras, por los araucanos, que al retirarse robaron a la esposa del gobernador. Al día siguiente, el boroa prisionero, el indio de los ojos claros, se ofreció al gobernador para rescatar a su esposa si se le dejaba en libertad. La proposición era extraña y hasta sospechosa: muy difícilmente podría el boroa arrancar la prisionera a los indios de una tribu distinta; pero, en cambio, la libertad de un indio era cosa de ninguna

importancia entre los españoles: el ofrecimiento del boroa fué, pues, aceptado. Salió al campo el indio de los ojos claros, y al cabo de algún tiempo regresó a La Imperial con la gobernadora. Había cumplido su promesa" (ps. 23-24).

Según recuerdos de don Francisco Concha Castillo, en entrevista que le hice en el verano de 1922 y que inserté en *Alma Joven* (marzo de 1922, ps. 100-109), habría sido el P. Calixto Gorordo, jesuita argentino que fué dos períodos profesor en San Ignacio, el intermediario entre Zorrilla de San Martín y el P. Enrich. Pero el P. Gorordo inicia (1878) su segunda permanencia en Santiago precisamente cuando Zorrilla de San Martín se va de Chile. Además, en las conversaciones que tuve con don Juan en mayo de 1931 no se mencionó para nada al P. Gorordo. Y, sobre todo, ésa no es la versión de Lauxar; y *Lauxar* (o sea, el Dr. Osvaldo Crispo Acosta) escribió su estudio consultándose con Zorrilla de San Martín, que le enmendó varios pasajes para la reedición antepuesta como prólogo a *La leyenda patria y Notas de un himno*, en la edición de 1930.

Sigue Lauxar:

"Zorrilla de San Martín no compuso con estas aventuras una de sus leyendas acostumbradas. El indio noble de los ojos claros, capaz de atarse con la palabra al servicio de sus enemigos, se le entró tan adentro por el alma, que acabó con el tiempo por fundirse en una sola personalidad con el poeta; y ni aún éste, cuando lo buscó mucho más tarde, supo distinguirlo de sí mismo. Zorrilla de San Martín no hizo con este asunto una de sus leyendas, porque sintió el argumento con una vida más honda, más intensa, más suya, que la habitual en sus composiciones de ese género; escribió, en verso, un drama. Ya el indio de los ojos claros había ganado mucho terreno en su espíritu: quiso que fuera, como él mismo, uruguayo. Al sacarlo de su tribu, convirtió la rareza de sus ojos en misterio de concepción y de vida. Tabaré —tal fué su nombre— tuvo ojos azules, porque nació de una española cautiva y de un cacique guaraní; vivió, en la barbarie de los indios, con el alma atormentada de un cristiano" (ps. 24-25).

La lectura del drama entusiasmó al *Círculo de Colaboradores de La Estrella*

de Chile. El actor andaluz Leopoldo Burón, que estuvo por esos años en Chile, se ofreció a encargarse de la representación.

Pero su autor se opuso. No estaba satisfecho de la obra.

El indio de los ojos claros ya era el indio de los ojos azules, y se le había entrado tan adentro como dice *Lauxar*.

Guardó el drama.

Volvió a su Uruguay, obtuvo el triunfo de *La leyenda patria*; y empezó a hacer del drama primitivo un poema épico.

Recorrió bosques, ríos, colinas y campos, para impregnarse de color y nombres regionales. Y para dar a su poema clima tradicional, gastó muchas horas en la lectura de viejas crónicas.

Lo comenzó a escribir en 1879; lo concluyó en 1886; lo corrigió en 1887; publicó su primera edición en 1888; le introdujo variantes en las ediciones de 1892 y 1918; y no dió el texto definitivo hasta la edición montevideana de 1923.

El relato del P. Enrich se había transformado tanto, que resultaba casi irreconocible.

"Tabaré, de ojos azules, entre indios de ojos negros, es un mestizo, hijo del cacique charrúa Caracé y de una española a quien los primeros castellanos desembarcados en tierra uruguaya dejaron abandonada, en una sorpresa de los indios. Magdalena bautiza a su hijo Tabaré: le infunde en su niñez, con la oración cristiana, un principio de vida espiritual, y muere. Transcurre el tiempo; al cabo de muchos años los españoles se establecen en un villorrio junto al río San Salvador. Una guerra perpetua entre los conquistadores y los charrúas va lentamente acabando con los indios; ya han muerto sus mejores caciques y no le queda a la tribu más que su agonía. D. Gonzalo de Orgaz manda en jefe la plaza: tiene consigo a su esposa doña Luz y a su hermana Blanca, de tez morena y ojos negros, "profundos hasta el alma". Tabaré entra al villorio, cautivo de los españoles; ve a Blanca, y sin distinguir la bien del recuerdo borroso que de su madre conserva, se enamora de ella; resistiéndose a sus propios sentimientos, lucha desconcertado entre el odio de su raza, enemiga de los españoles, y una adoración purísima que mezcla y confunde en Blan-

ca sus reminiscencias de hijo. Tabaré pasa ante los soldados por loco; no habla, huuye de todos, vaga por la noche, duerme con los ojos abiertos. Una noche lo sorprenden y cierran entre ellos los soldados, creyéndolo un fantasma; acosado y sin armas, el indio se defiende desesperadamente, a la sombra de unos árboles, contra sus ataques, y está ya para caer, agotadas sus fuerzas, cuando un misionero, el padre Esteban, llega hasta el grupo y detiene a los soldados. Al día siguiente, D. Gonzalo, que no quiere violar la amistad antes jurada con el indio, sospechoso de él por sus velas y rondas nocturnas, lo devuelve a su anterior libertad, con prohibición de que se acerque al pueblo. Los indios de la tribu, mandados por un cacique nuevo, Yamandú, atacan repentinamente, de noche, a la población española. Aquél ha querido apoderarse de Blanca, y por eso ha lanzado el malón sobre el villorrio; la ha encontrado, y se la lleva a los bosques, donde espera junto a ella que vuelva de su desmayo. Blanca, al despertar, rompe en un grito; ve a su lado al cacique Yamandú; se contrae, se crispa; oye después a sus espaldas ramas que crujen, pasos que avanzan; de pronto, dos rugidos, el choque de cuerpos desplomados en tierra, un grito que se ahoga, y, por fin, el silencio. Es Tabaré, que oyó a lo lejos el grito de Blanca y corrió en su busca: ha estrangulado a Yamandú; pero ella no lo sabe; no ha mirado hacia atrás; no ha visto la lucha, ni sabe su fin; siente cerca a alguien que vela; es Tabaré. Tabaré la conduce en sus brazos hasta el villorrio. D. Gonzalo, aturdido y fuera de sí con la desaparición de Blanca, al ver con ella al indio, corre a él y, teniéndolo por su raptor, lo mata" (*Lauxar*, ps. 73-75).

La literatura indigenista hispanoamericana es, en general, obra político-social: pintura interesada de gobernantes, jueces, terratenientes, patronos y curas de entraña mala, y de indios buenos y víctimas siempre inocentes.

Pero la realidad histórica es muy otra.

En primer lugar, fué el sacerdote, español o criollo, el que, partiendo del principio de que el indio tenía alma, merecía trato humano, no de bestia.

En seguida, fué el español el que, lejos de querer exterminar al indio, se fundió

con él y echó las bases de la América mestiza.

Los protagonistas de los poemas, leyendas y novelas indianistas de Hispanoamérica, por lo general, son indígenas puros; y sus autores, en la mayoría de los casos, hombres que por convicción o por escuela abominan del esfuerzo del conquistador o colonizador español o de origen español.

Zorrilla de San Martín no podía ser un endiosador ingenuo del indio puro, porque partió de datos distintos y porque admiraba y amaba a España tanto como abrigaba por los indios un cariño de cristiano; y así Tabaré tuvo sangre indígena y española; fué cantado con ideas, sentimientos y voz de poeta católico; y *Tabaré* ha triunfado y sobrevivido.

Es un poema más lírico que épico, expresión de un amor caballeresco, cortés, medioeval y romántico.

Establece como centro de interés, no la acción, sino la emoción delicada:

Era así como tú... blanca y hermosa;

Era así... como tú,

Miraba con tus ojos, y en tu vida

Puso su luz.

Yo la vi, sobre el cerro de las sombras,

Pálida y sin color;

El indio niño no besó a su madre...

¡No la lloró!

Las avispas de fuego de las nubes,

Ellas brillaron más;

Pero el hogar del indio se apagaba,

Su dulce hogar.

Han pasado más fríos que dos veces

Mis manos y mis pies...

Sólo en las horas lentas yo la veo

Como cuerpo que fué.

Hoy vive en tu mirada transparente,

Y en el espacio azul...

Era así como tú la madre mía,

Blanca y hermosa... ¡pero no eres tú!

Además, no hay que olvidar que antes que una realidad histórica, *Tabaré* es un símbolo poético.

Una elegía a la raza charrúa.

"A Zorrilla de San Martín, providencialista, católico, lo inquietaba el misterio de esos pobres indios que vivieron siglos en el inmenso territorio de América, privados por su aislamiento de la fe cristiana, y que, apenas llegada a ellos la predicación de la verdad religiosa con la conquista española, desaparecieron acabados por la guerra y por la persecución despiadada.

¿No eran, como sus opresores, hijos de Dios redimidos por la sangre del Gólgota? ¿Qué había sido para ellos Jesús en el mundo? De esta manera, un problema teológico penetraba y conmovía la existencia del indio y enaltecía su destino hasta hacer de él un designio inescrutable de Dios. Disponía ya el poeta de cuanto necesitaba como esencial para infundir a su trabajo alientos épicos: la raza charrúa extinguiéndose en la defensa de su libertad sobre el suelo patrio, pondría en juego la voluntad de Dios, el más denodado heroísmo humano y la belleza de la tierra uruguayana. Sobre ese fondo enorme de grandeza y de misterio, compuso una delicada historia de amor y dolor inventada con lo mejor de sí mismo: con la nostalgia de la madre perdida y con el atónito deslumbramiento de toda alma ante la inmaculada inocencia de la mujer ideal" (Lauzar, p. 72-73).

Algunos críticos se han preocupado de situar a *Tabaré* dentro de un género o subgénero bien determinado. ¿Novela en verso? ¿Leyenda versificada? ¿Poema épico?

Al considerar Zorrilla de San Martín a *Tabaré* como poema épico, "nos advirtió —escribe Enrique Anderson Imbert—, que daba a la palabra epopeya una connotación personal: mostrar las leyes de Dios en los sucesos humanos. *Tabaré* es un poema católico, y por eso resulta grosero interpretarlo, como se ha hecho, a la luz de una verosimilitud naturalista. Al describir a los indios, Zorrilla no tiene una actitud etnográfica, sino metafísica. Su tema —el destino de la raza charrúa—, ha sido concebido teológicamente: ¿qué voluntad sobrenatural condenó a esa raza? El poema intuye, poéticamente, a la raza charrúa, en momentos en que está por desaparecer: es tiniebla, sinsentido. Gracias a *Tabaré*, el mestizo de los ojos azules, Zorrilla se asoma al abismo y ve los destellos de la raza desaparecida. *Tabaré*, pues, aparece en el filo de las dos creaciones: la raza charrúa, que es naturaleza, y la raza española, que es espíritu. La muerte de *Tabaré* condena a la raza charrúa al silencio eterno: desaparece no sólo físicamente, sino como posibilidad de ser comprendida" (pág. 194).

"Leyenda épica, novela en verso o epo-

peya, como quiere denominarla Zorrilla, *Tabaré* es —dice Ventura García Calderón—, sin duda alguna, la obra deseada en América, pronosticada por muchos y muy tardíamente escrita”.

“A pesar de su aparato exterior, legendario, novelesco, épico, *Tabaré* es poema lírico. Zorrilla de San Martín, como muchos otros poetas de su tiempo, salió de la escuela romántica española de José Zorrilla, Núñez de Arce y Bécquer. Pero Bécquer fué el que le enseñó a impostar la voz. Zorrilla de San Martín “becquerizó” con tanta delicadeza —imágenes sugeridoras del misterio, impresionismo descriptivo, melancólica contemplación del vivir y del morir, vaga fluctuación entre la realidad y el ensueño—, que se puso a la vanguardia lírica. Acertó con un tipo de verso insinuante (porque su lirismo arrancaba de una visión de la vida como misterio) y pictórico (porque el poeta se proponía ser lúcido y perfecto en sus formas descriptivas). Bécquer no fué una fuente accidental, sino un espíritu afín que le mostró el camino del estilo. Otros poetas se quedaron prisioneros dentro del cerco romántico armado por otros. Zorrilla, no” (Anderson Imbert, 194-195).

Otros influjos, no citados por Anderson Imbert:

Homero, Shakespeare, Cervantes, Dante, el pseudo Ossian (a quien traducían los colaboradores de *La Estrella de Chile* cuando Zorrilla de San Martín vivía en Santiago y al que el mismo Zorrilla tradujo en Montevideo en los años en que escribía su poema).

“Del romanticismo salieron —continúa diciendo Anderson Imbert—, dos brotes especializados, uno en la perfección plástica (Parnaso), otro en la sugestión musical (Simbolismo). Zorrilla camina del romanticismo al simbolismo, pero independiente de la literatura francesa. A la nórdica vaguedad de Bécquer, debió su ruta. La poesía de Zorrilla es clara y, más todavía que la de Bécquer recurre a todas las posibilidades de expresión: idea, novela, pasión, sonido, sugestión, plasticidad descriptiva. Pero avanzó por donde Bécquer ya había avanzado: la alusión a estados de ánimo fluctuantes entre la realidad y el sueño; la sospecha de un misterio que al mismo tiempo nos envuelve y está dentro de nosotros; la confianza en

que sólo la metáfora o la confidencia pueden revelar.

La actitud de Zorrilla es parecida a la que más adelante tendrán los iniciados en el simbolismo. Sólo que su poesía, deliberadamente vaga, es rica en visualidad. Acierta siempre en la imagen visual que va mejorando el relato, dignificándolo. Sus imágenes recorren todo el lenguaje del impresionismo: animación de la naturaleza, proyección sentimental, correspondencias entre los datos sensoriales, etc. De Bécquer tomó, junto con su delicadeza, la simplicidad del verso. Tal simplicidad se logra, empero, con una rica variedad de sugestiónes musicales: el *leitmotiv* (“cayó la flor al río...”), el súbito cambio de finales llanos a los agudos, el desenvolvimiento de endecasílabos y heptasílabos. La elección de esta versificación respondía a su estado de ánimo vago, sugeridor, más interesado en la fluída y apagada comunicación de metáforas que en la sonoridad fuerte y articulada. Esta tendencia de Zorrilla hacia una poesía de sugestión, lo convierte en América en uno de los poetas líricos de más pureza y frescura: si apartamos la ingenua arquitectura novelesca de *Tabaré*, muchos de sus versos son ya modernos” (p. 195):

Don Juan Valera elogió a *Tabaré* en sus *Cartas americanas*:

“Se diría que todo el elemento materno de hombre civilizado que había en el espíritu de *Tabaré*, surge, a la vista de Blanca, desde el tenebroso fondo de su ser salvaje. Es sentimiento sin nombre, arrobó indefinible, recuerdo confuso de allá de la infancia, cuando su madre vivía y le llevaba en sus brazos. Todo esto no lo dice el indio, porque sería falso que se entendiese él por reflexión, y que se explicase la devoción, la pureza, la limpia castidad, el religioso acatamiento y la admiración que Blanca le inspira. Todo esto no lo dice el poeta, tampoco... Y todo esto, sin embargo, se ve y resulta de la poesía de Juan Zorrilla, por dificultad vencida y por arte pasmoso, que le dan, en mi sentir, extraordinario mérito y novedad inaudita” (págs. 270-271).

“Todavía recuerdo —apunta R. Blanco Fombona— la impresión que me produjo, allá por los años de 1895-1896, la lectura de *Tabaré*, el admirable poema de Zorrilla de San Martín. Pocos libros de ese li-

naje me habían gustado tanto. Por encima de todos los prejuicios de escuela, sobre las exigencias pueriles de la moda —que entonces no era la de *Tabaré*— la profunda poesía latente en las entrañas de ese poema repercutían en mis entrañas, y la nota americana resonaba con simpatía en mi corazón”.

“Es preciso reconocer a Zorrilla —escribe por su parte A. Zum Felde— el mérito de haber escrito el único poema histórico de grandes líneas subsistente en nuestra literatura, no teniendo rivales en su género dentro de toda la poesía hispanoamericana”.

Después de los copiosos testimonios que se acaban de leer, nada tiene de extraño el éxito internacional obtenido por *Tabaré*.

Traducido al francés por Jean-Jaques Réthoré en 1890 y reeditado en 1954, con revisión de Jules Supervielle; también ha sido traducido al alemán, al inglés, al italiano y al portugués; y tres músicos: el español Tomás Bretón; el uruguayo Alfonso Broqua, y el argentino Alfredo Schiuma, han hecho de *Tabaré* otras tantas óperas.

V I I

COLABORACIONES DE JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN EN LA ESTRELLA DE CHILE

Se aumenta la lista con los trabajos firmados con el seudónimo de Julio M. Montero. Razones:

a) *Mujer* (*Notas de un himno*, p. 107) lleva al pie la nota: “Publicada con el seudónimo de Julio M. Montero”. Y así apareció, en efecto, en *La Estrella de Chile*, t. IX, p. 531.

b) *En brazos del desaliento*, que en *Notas de un himno* no lleva la anotación de haberse publicado con ese seudónimo, apareció en realidad con esa firma de Julio M. Montero en *La Estrella de Chile* (t. X, p. 438).

c) *Siempre viva*, traducción (?) en prosa firmada por Julio M. Montero (*La Estrella de Chile*, t. X, p. 145), es la base de los versos de *Siempre vivas* (*Notas de un himno*, p. 65).

d) *El cadáver del héroe* —firmado en la revista (t. XI, p. 607) por Julio M. Mon-

tero—, trata de Leandro Gómez, héroe uruguayo.

La identificación de Julio M. Montero con Juan Zorrilla de San Martín, nos enfrenta en dos pequeños problemas:

1. Los versos de *Crepúsculos y flores*, están fechados en “Santiago, 1871”, lo que tiene que ser una errata, por Santiago, 1874; o (muy inverosímilmente) Montevideo, 1871.

2. Los de *Amor de madre* están fechados en 1873. Por lo tanto, se habrían escrito en Santa Fe.

En tal caso, Zorrilla de San Martín habría comenzado a escribir versos antes de llegar a Chile. Lo cual, por lo demás, como esos comienzos son bien de principiante, no invalida la aserción de que fué en Chile donde se reveló su vocación literaria.

La lectura de las páginas no recogidas hasta ahora, nos revela o nos confirma muchas cosas, entre otras:

Zorrilla de San Martín nos parece la encarnación de la fidelidad: a su patria, a sus amores y a su Dios.

Tal vez pensó quedarse a vivir en un claustro (*El claustro y la ciencia*).

Se inquietó desde temprano por la estética y la técnica literaria.

Tuvo desde siempre la preocupación antiquista (*El ángel de Guabiyú*, y apuntes sobre el “tristemente célebre” Francia).

Fué americanista. A propósito de Marchant Pereira, habló de “nacionalizar el teatro, eligiendo temas americanos”.

Fué partidario de la uniformidad ortográfica, a la sombra de la Real Academia Española.

No había estudiado la paternidad de la canción *A las ruinas de Itálica*: en *Misantrópia* la atribuye a Rioja¹.

Y, ahora, la lista anunciada.

1. EL ÁNGEL DE GUABIYÚ, t. VII, número 352, 5 de julio de 1874, pág. 623.

Leyenda en prosa. El ángel de Guabiyú es una niña de 4 años: Cochona. La leyenda, en la que Artigas tiene una sim-

¹ A propósito de ese error, anotaré otro.

Los poemitas *La Soledad*, *Vestidos nuevos*, *Despoblación* y *¡Nadie!* llevan al pie la fecha de 1886. Pero, como según Lauxar, fué en “enero de 1887” cuando “entre los preparativos de regreso lo sorprendió en el Tigre la muerte de su (primera) esposa”, la fecha debe ser 1887 y no 1886.

pática participación muy de acuerdo con la que muchos años más tarde alcanzará en la pluma de Zorrilla de San Martín, nos revela, además, profundo uruguayismo y una clara lozaría literaria.

2. ODIOS Y AMOR, t. VII, número 353, 12 de julio de 1874, pág. 638. Pasó a *Notas de un himno*, pág. 77, con variantes.

3. AMOR DE MADRE, t. VII, número 354, 19 de julio de 1874. pág. 656. En verso.

4. ILUSIÓN Y REALIDAD, t. VII, número 355, 26 de julio de 1874, pág. 675. Pasó a *Notas de un himno*, pág. 37, con el título de *Silencio del alma* y con otras considerables variantes.

5. ANTIGUALLAS, t. VII, número 358, 16 de agosto de 1874, pág. 715. Ver el N° 9.

6. EL ÁRBOL MALO (tradición india), t. VII, número 359, 23 de agosto de 1874, pág. 736. En verso.

7. MÁS SOBRE FILOLOGÍA, t. VII, número 360, 30 de agosto de 1874, pág. 750. Ver el N° 9.

8. FE, ESPERANZA Y CARIDAD, t. VII, número 361, 6 de septiembre de 1874, pág. 765. En verso.

9. ÚLTIMA PALABRA, t. VII, número 362, 13 de septiembre de 1874, pág. 781.

Antiguallas, Más sobre filología y Última palabra, son una serie de artículos de una polémica sostenida en la misma *Estrella de Chile* con Jorge Smith, cuyos artículos *La cuestión ortográfica* y *Autos para sentencia*, aparecieron en el t. VII, número 359, 23 de agosto de 1874, pág. 729, y número 561, 6 de septiembre de 1874, pág. 763. Más tarde, t. VIII, pág. 1.035, Jorge Smith dedicará a Zorrilla de San Martín unos *Apuntes sobre asuntos gramaticales*.

Respecto al criterio de Zorrilla de San Martín en la contienda, son suficientemente decidoras las líneas siguientes: "Sea, pues, nuestra defensa una débil muestra de sumisión a la que conceptuamos como única autoridad en materia de lenguaje: la Real Academia Española, pues ése y no otro ha sido el móvil que nos ha impul-

sado a estudiar esta materia asaz árida y difícil".

Y, precisamente, por ese acatamiento a la Academia, en la transcripción que aquí hacemos de páginas de Zorrilla de San Martín empleamos la ortografía que él hubiera querido usar: la de la Academia Española.

10. CREPÚSCULOS Y FLORES, t. VII, número 364, 27 de septiembre de 1874, pág. 812. En verso. Firmó con el seudónimo de Julio M. Montero.

11. PENSANDO EN LA PATRIA, t. VIII, número 366, 11 de octubre de 1874, pág. 29. En *Notas de un himno*, pág. 123, con variantes.

12. EL CLAUSTRO Y LA CIENCIA, t. VIII, número 367, 18 de octubre de 1874, pág. 65. En verso.

13. CORONA FÚNEBRE A LA MEMORIA DEL POETA COLOMBIANO ADOLFO VALDÉS, t. VIII, número 372, 22 de noviembre de 1874, pág. 269. En prosa.

Muy suya la aseveración: "El corazón no tiene filosofía; siente, ama, llora".

14. MORIR MATANDO, t. VIII, número 374, 6 de diciembre de 1874, pág. 332. En verso.

15. SALVINI, t. VIII, número 377, 27 de diciembre de 1874, pág. 472.

En prosa. Homenaje al célebre actor trágico al partir éste hacia el Uruguay.

16. ALGUNOS RASGOS CARACTERÍSTICOS DE LA VIDA DEL DICTADOR DON GASPAR R. DE FRANCIA, t. VIII, número 380, 17 de enero de 1875, pág. 580, y (conclusión) t. VIII, número 381, 24 de enero de 1875, pág. 634.

Trabajo en prosa, muy extenso. Cariño por el Paraguay, admiración por los jesuitas y detestación del "tristemente célebre" dictador Francia, que aparece pintado como un monstruo. Base: informaciones de Rengen y Longchamp.

17. SIEMPRE CREÍ, t. VIII, número 386, 28 de febrero de 1875, pág. 832. En *Notas de un himno*, pág. 3, con el título de *Credo* y con otras muchas y grandes variantes.

18. MISANTROPÍA, t. VIII, número 388, 14 de marzo de 1875, pág. 919, con el seu-

dónimo de Julio M. Montero. En prosa.

19. MUJER Y MADRE, t. VIII, número 390, 23 de marzo de 1875, pág. 987. En *Notas de un himno*, con el título de *Al pie de la Cruz*, pág. 155, y con variantes.

20. EL ÚLTIMO DÍA DE POLONIA. Drama histórico de don Ruperto Marchant Pereira, t. IX, número 399, 30 de mayo de 1875, pág. 281.

En prosa. Crítica literaria.

21. ¡4 DE MAYO DE 1875!, t. IX, número 400, 6 de junio de 1875, pág. 330. En verso.

22. MUJER, t. IX, número 405, 11 de julio de 1875, pág. 531, con el seudónimo de Julio M. Montero. En *Notas de un himno*, pág. 107.

23. EL DOLOR, t. IX, número 410, 17 de agosto de 1875, pág. 749. En *Notas de un himno*, pág. 17, con variantes.

24. ORILLITAS QUERIDAS (Pago de una deuda antigua), t. IX, número 411, 22 de agosto de 1875, pág. 786. En *Notas de un himno*, pág. 61, con el título de *Cantarillo* y con grandes variantes.

25. LEYENDAS Y TRADICIONES POR ENRIQUE DEL SOLAR, t. IX, número 414, 12 de septiembre de 1875, pág. 881.

En prosa. Apreciación merecidamente elogiosa de nuestro tradicionista.

26. MUERE DE AMOR, t. IX, número 417, 3 de octubre de 1875, pág. 1030. En verso.

27. SOLILOQUIOS, t. X, número 418, 10 de octubre de 1875, pág. 20. A *Notas de un himno* pasaron como tres composiciones independientes: *Su retrato*, pág. 79, *Vestales*, pág. 57, e *Imposible*, pág. 85, con algunas variantes.

28. A GARCÍA MORENO, t. X, número 418, 10 de octubre de 1875, pág. 33.

Traducción del latín.

29. SIEMPREVIVA (traducción del alemán), t. X, número 421, 31 de octubre de 1875, pág. 145, con el seudónimo de Julio M. Montero

En prosa. Base de *Siemprevivas*, de *Notas de un himno*, pág. 35.

30. EL TROCITO DE MADERA, t. X, número 422, 7 de noviembre de 1875, pág. 188, con el seudónimo de Julio M. Montero. En verso.

31. EN BRAZOS DEL DESALIENTO, t. X, número 428, 19 de diciembre de 1875, pág. 498, con el seudónimo de Julio M. Montero. En *Notas de un himno*, pág. 47.

32. MOISÉS (poema de Alfredo de Vigny), t. X, 429, 26 de diciembre de 1875, pág. 466. En *Notas de un himno*, pág. 67.

33. EN UN ÁLBUM, t. X, número 434, 30 de enero de 1876, pág. 680 (por equivocación, se escribe 689). Pasó a *Notas de un himno*, pág. 119, con el título de *A un amigo* y con algunas otras variantes.

34. PATRIA MÍA (De "El Uruguay en la Exposición de Chile"), t. X, número 435, 6 de febrero de 1876, pág. 691. A *Notas de un himno*, pág. 120.

35. VEINTE AÑOS, t. XI, número 449, 14 de mayo de 1876, pág. 229. A *Notas de un himno*, pág. 31.

36. EL CADÁVER DEL HÉROE, t. XI, número 459, 23 de julio de 1876, pág. 607.

Tradición en prosa alrededor de Leandro Gómez, héroe de Paysandú.

37. EL DIVINO POEMA, t. XI, número 462, 13 de agosto de 1876, pág. 743. En *Notas de un himno*, pág. 89.

38. ¡DÉJAME PENSAR!, t. XII, número 470, 8 de octubre de 1876, pág. 33. En *Notas de un himno*, pág. 101, con el título de *Piensa en mí*, y con otras variantes.

39. SOLILOQUIOS, t. XII, número 478, 3 de diciembre de 1876, pág. 327. En *Notas de un himno*, transformados, dos de ellos, en *Reza* (alargado), pág. 99, y *Cantos y pupilas*, pág. 59, con variantes. No recogido el XI.

40. TÚ Y YO, t. XII, número 485, 28 de enero de 1877, pág. 651. En *Notas de un himno*, pág. 15, con la intercalación de dos versos: *Ave, que huye, y al volar llorando, ¡ quiebra la rama en que dejó a sus hijos.*

41. BELLINI, t. XIII, número 505, 10 de junio de 1877, pág. 399. En *Notas de un himno*, pág. 33, sin variantes.

42. BUSCAD AL ÁNGEL, t. XIII, número 508, 1º de julio de 1877, pág. 516. En *Notas de un himno*, pág. 39, sin variantes.

43. EL HIMNO DEL CIELO, t. XIII, número 509, 8 de julio de 1877, pág. 558. En *Notas de un himno*, pág. 53, sin variantes.

44. EL POEMA DE LAS HOJAS, t. XIII, número 510, 15 de julio de 1877, pág. 581. En *Notas de un himno*, pág. 165.

45. ¡SIEMPRE LÁGRIMAS!, t. XIII, número

517, 2 de septiembre de 1877, pág. 862. En verso.

46. TARDE, t. XIV, número 533, 23 de diciembre de 1877, pág. 470. En verso.

VIII. VARIANTES.

Para que se aprecie qué variantes y reelaboraciones solía practicar Zorrilla de San Martín, véanse a continuación, a doble columna, tres composiciones poéticas en primera y en segunda redacción.

ORILLITAS QUERIDAS

(Pago de una deuda antigua)

Era una tarde bella
Como las nubes
Que el cielito de Chile
Doradas cubren.
Y yo pensaba
En el cielo querido
De mi otra patria.

Dos patrias en el mundo
Y una en el cielo,
Todas, todas hermosas,
Amo contento.
Pero la una,
De orillitas de flores,
Meció mi cuna.

* *
*

Orillitas queridas
Del Uruguay,
¡Qué lindas las oleadas
Vienen y van!
Se van y vienen
Como al alma la dicha
Que al nacer muere.

Tocan en la ribera,
Suaves murmuran,
Pero se van, dejando
Rumor y espuma.
Así el recuerdo
Es la espuma del alma
Del hogar lejos.

Al espejo quebrado
De las oleadas,
Con sus brisas empuja
Mi dulce patria.
Como ellas lindas
Mis visiones de niño
Fueron un día.

* *
*

CANTARCILLO

¡Montañas y montañas!
¡Valles y valles!
¡Tropczar siempre el alma
Con rocas grandes!
¡Qué triste es esto,
Donde, entero y sin vallas,
No se ve el cielo!

¡Ah! ¡si vierais mi patria!
Tiene arroyuelos,
Tienc orillas de flores
Y un cielo inmenso.
¡Ah! ¡si la vierais
Con sus colinas verdes
Y sus palmeras!

Orillitas queridas
Del Uruguay,
¡Qué lindas las oleadas
Vienen y van!
Se van y vienen
Como al alma la dicha
Que al nacer muere.

Tocan en la ribera,
Suaves murmuran;
Pero se van, dejando
Rumor y espuma.
Así el recuerdo
Es la espuma del alma
del hogar lejos.

Besando de soslayo
Las frescas aguas,
Girando revoltosas
Las brisas andan;
Las picaruelas,
Escondiendo la mano,
Tiran la piedra.

Mis visiones de niño,
Como ellas lindas,
Como ellas inocentes,
Fueron un día.
Niñez y brisas:
¿Por qué, siendo tan bellas,
Andáis tan listas?

Y oleaditas y espumas,
Rumor y brisas,
Me dicen cuando busco
Dichas perdidas:
Sólo las hay
Orillitas queridas
Del Uruguay.

• •
•

¡Qué triste está la tarde!
¡Qué triste el alma!
¡Qué triste ese tañido
De la campana!
¡Ah, no estoy ya
Orillitas queridas
De mi Uruguay!

Silencio y desencanto,
Montañas altas,
Y lejos, ¡ay!, muy lejos,
La dulce patria;
No tengo más.
Y un recuerdo perdido
De mi Uruguay.

Si pudiera esos montes
Echar muy lejos
Y descoger la sombra
Que enluta al cielo,
Así quizá
Las orillitas viera
De mi Uruguay.

Adiós, visiones locas,
Bellos encantos,
Reminiscencias dulces
De un bien pasado.
Huid, volad,
¡Ay! orillitas
De mi Uruguay.

SOLILOQUIOS

IX

La noche estaba oscura, muy oscura...
Me dijeron después que era la vida.
Un río vi ante mí y, en la otra margen,
Algo como el fulgor de dos pupilas,
Y sentí de lejanos labradores
La confusa y alegre algarabía,
Y los cantos que, al ir a sus faenas,
Cantan, al hombro las pesadas picas.

Los cantos anunciaban una aurora
De una esperanza en ellos escondida...
¿Las pupilas aquellas eran tuyas?
Entonces la esperanza era la mía.

X

Reza, niña, al Señor; yo también rezo:
Ambos somos cristianos desde niños;
¡Cuánto gozo al pensar que en Dios se encuentran
Mí fe y tu fe, tu corazón y el mío!

Y oleaditas y espumas,
Rumor y brisas,
Me dicen, cuando busco
Dichas pérdidas:
Sólo las hay
Orillitas queridas
Del Uruguay.

¡Qué triste está la tarde!
¡Qué triste el alma!
¡Qué triste ese tañido
De la campana!
¡Ah! no estoy ya
Orillitas queridas
De mi Uruguay

¡Montañas y montañas!
¡Valles y valles!
¡Trotar siempre el alma
Con rocas grandes!
¡Qué triste es esto
Donde, entero y sin vallas,
No se ve el cielo!

Silencio y desencanto,
Montañas altas,
Y lejos, ¡ay!, muy lejos,
La dulce patria...
No tengo más,
Y un recuerdo adorado
De mi Uruguay.

Si pudiera esos montes
Echar muy lejos
Y descoger la sombra
Que enluta el cielo,
Así quizá
Las orillitas viera
De mi Uruguay.

¡Adiós, visiones locas,
Bellos encantos,
Reminiscencias dulces
De un bien pasado:
Huid, volad,
¡Ay! ¡Adiós, orillitas
De mi Uruguay!

CANTOS Y PUPILAS

La noche estaba oscura, muy oscura...
Me dijeron después que era la vida.
Un río vi ante mí y, en la otra margen,
Algo como el fulgor de dos pupilas;
Y sentí de lejanos labradores
La confusa y alegre algarabía,
Y los cantos que, al ir a sus faenas,
Cantan, al hombro las pesadas picas.

Los cantos revelaban una aurora,
La aurora de la dicha.
¿Las pupilas aquellas eran tuyas?
¡Entonces esa aurora era la mía!

R E Z A

Reza, niña, al Señor: la madrugada
Reza perfumes e inocentes trinos;
Y al dormirse la tarde entre la niebla
Reza gemidos.

Reza, niña, al Señor: yo también rezo:
Ambos somos cristianos desde niños;
¡Cuánto gozo al pensar que en Dios se encuentran
Mí fe y tu fe, tu corazón y el mío!

I X

ZORRILLA DE SAN MARTÍN Y
CHILE

¿Habría sido Zorrilla de San Martín lo que fué, habría hecho lo que hizo, y como lo hizo, si no hubiera venido a Chile? Quizá.

Pero no olvidemos que Chile lo reveló poeta, lo estimuló, le dió un medio adecuado, le editó su primer libro y le suministró los elementos básicos de su obra principal: *Tabaré*.

X

CONTRIBUCION A UNA LISTA DE
FUENTES DE CONSULTA

Apunto las que he tenido a la vista (fuera de LA ESTRELLA DE CHILE, 1867-1879, y dos diarios de Montevideo: EL DÍA, del 4 y 5 de noviembre de 1931, y EL BIEN PÚBLICO, del 5 de noviembre de 1931); y agrego con asterisco lo que no he logrado consultar.

Anónimo: *El poeta Juan Zorrilla de San Martín llegará a Santiago por la próxima combinación trasandina*, EL DIARIO ILUSTRADO, Santiago, 21-II-1926.

Anónimo: *Zorrilla de San Martín*, EL MERCURIO, Santiago, 23-II-1926.

Anónimo: *El poeta nacional del Uruguay D. Juan Zorrilla de San Martín llegó anoche a Santiago*, EL MERCURIO, Santiago, 23-II-1926.

Anónimo: *Don Juan Zorrilla de San Martín*, LA NACIÓN, Santiago, 23-II-1926.

Anónimo: *El poeta Zorrilla de San Martín vuelve a Santiago, donde hizo sus estudios de Leyes*, LA NACIÓN, 23-II-1926.

Anónimo: *La cabeza del día* (dibujo), EL DIARIO ILUSTRADO, Santiago, 26-II-1926.

Anónimo: *Zorrilla de San Martín*, EL MERCURIO, Santiago, 5-XI-1931.

Anónimo: *Don Juan Zorrilla de San Martín*, EL DIARIO ILUSTRADO, Santiago, 5-XI-1931.

Anónimo: *Juan Zorrilla de San Martín*, LA NACIÓN, Buenos Aires, 5-XI-1931.

Anónimo: *Juan Zorrilla de San Martín*, CRITERIO, Buenos Aires, 12-XI-1931.

Anónimo: *Juan Zorrilla de San Martín*, CARAS Y CARETAS, Buenos Aires, 14-XI-1931.

Anónimo: *El Padre Nuestro de Zorrilla de San Martín*, CRITERIO, Buenos Aires, 4-II-1932.

Alcántara, Ginés de (Juana Quindos de Montalva): *La muerte del poeta*, EL MERCURIO, Santiago, 14-III-1926. (Entrevista con Zorrilla de San Martín que cuenta la conversión y muerte de Amado Nervo).

Anderson Imbert, Enrique: *Historia de la Literatura hispanoamericana*, FCEc, México, 1954, Breviarios, 89, págs. 193-195.

Ardoino, Rimaervo A.: *La prosa de Juan Zorrilla de San Martín*, Montevideo, 1945.

Arrieta, Rafael Alberto: *La ciudad y el poeta*, LA PRENSA, Buenos Aires, 19-II-1933. Incluido en *Presencias*, Buenos Aires, 1936, págs. 77-85.

Barbagelata, Hugo D.: *Una centuria literaria*, París, págs. 264-286.

Bartholomew, Roy: *Cien poesías rioplatenses*, Buenos Aires, 1954, págs. 38-39 y 121-124.

Barriga, Juan Agustín: *Juan Zorrilla de San Martín: Notas de un himno*, LA ESTRELLA DE CHILE, Santiago, t. XV, número 570, 8-IX-1878, pág. 914.

Bazin, Robert: *Préface a Tabaré*, Collection Unesco d'oeuvres représentatives, Nagel, París, 1954, págs. 7-44.

Blanco Fombona, Rufino: *Zorrilla de San Martín*, págs. 87-92, en *El espejo de tres faces*, Ercilla, Santiago, 1937, que supongo lo mismo que con el título de *Tabaré* y *Zorrilla de San Martín* publicó FIGARO, La Habana, el 30 de noviembre de 1913.

Carrasco, Sansón (Daniel Muñoz): *La leyenda patria*, en *Artículos*, Montevideo, 1953, págs. 69-77.

Casal, Julio J.: *Exposición de la poesía uruguaya*, Claridad, Montevideo, 1940, págs. 101-128.

Cejador y Frauca, Julio: *Historia de la lengua y literatura castellana*. Tomo IX, Madrid, 1918, págs. 216-222.

Cometta Manzoni, Aída: *El indio en la poesía de América española*, Buenos Aires, 1939.

Crespo Toral, Remigio: *Tabaré*, en *Selección de ensayos*, Quito, 1936, págs. 13-40.

Delgado, José María: *Juan Zorrilla de San Martín*, en *Historia sintética de la literatura uruguaya*. Plan del señor Carlos Reyles, Montevideo, 1931, I.

D (íaz) B (esa), J.: *Don Juan Zorrilla de San Martín en nuestra capital*, EL DIARIO

ILUSTRADO, Santiago, 24 de febrero de 1926.

Donoso G., Francisco: *D. Juan Zorrilla de San Martín*, REVISTA CATÓLICA, Santiago, 21 de noviembre, p. 757, y 5 de diciembre de 1931, p. 802.

Donoso G., Francisco: *El romanticismo becqueriano de Zorrilla de San Martín*, DIARIO ILUSTRADO, Santiago.

Durá, Francisco: *En la muerte de Zorrilla de San Martín*, CRITERIO, Buenos Aires, 19-XI-1931.

Falcao Espalter, Mario: *La casa del poeta*, LA PRENSA, Buenos Aires, 22-V-1927, reproducido en *Interpretaciones*, Montevideo, 1929, págs. 44-53; y en EL MERCURIO de Santiago, 8-XI-1931.

Falcao Espalter, Mario: *Rodó y Zorrilla de San Martín*, LA PRENSA, Buenos Aires, 6 de junio de 1929. Reprod. en REPERTORIO AMERICANO, San José de Costa Rica, 24 de agosto de 1929, pág. 120.

Falcao Espalter, Mario: *Zorrilla de San Martín y Rodó*, LA PRENSA, Buenos Aires, 30 de julio de 1929.

Fernández Medina, Benjamín: *Prólogo* al t. I de *Conferencias y discursos* de Zorrilla de San Martín, ed. de 1930, págs. 7-47.

Fernández Saldaña, José M.: *Diccionario uruguayo de biografías*, Montevideo, 1945, págs. 1357-1360.

Forero Ruiz, Carlos E.: *El Quijote americano*, en REVISTA JAVERIANA, Bogotá, número 138, septiembre de 1949, págs. 132-141.

Fusco Sansone, Nicolás: *Antología y crítica de la literatura uruguaya*, Montevideo, 1940, págs. 1-59.

Gallinal, Gustavo: *A propósito del nuevo libro de Zorrilla de San Martín. La historia de la génesis espiritual de "El sermón de la paz", del gran escritor uruguayo*, LA NACIÓN, Buenos Aires, 1º de junio de 1924. Incluido en el título siguiente.

Gallinal, Gustavo: *En torno a la obra de Juan Zorrilla de San Martín*, págs. 123-154 de *Letras uruguayas*, París, 1928.

García Calderón, Ventura: *Zorrilla de San Martín*, págs. 149-159 de *Semblanzas de América*, Madrid. Reprod. en EL MERCURIO, Santiago, 21-IX-1930.

Gerchunoff, Alberto: *El poeta del Uruguay*, en CARAS Y CARETAS, Buenos Aires, 14-XI-1931.

Ghiraldo, Alberto: *Juan Zorrilla de San Martín*, CRISOL, Madrid, 19-XI-1931.

Giménez Pastor, Arturo: *Zorrilla de San Martín*, en LA NACIÓN, Buenos Aires, 4-XI-1934. Reproducido en *Figuras a la distancia*, Buenos Aires, 1940, págs. 228-249, con el título de *Zorrilla de San Martín al margen de la gloria*.

González, Raimundo: *D. Juan Zorrilla de S. Martín*, en RELIGIÓN Y CULTURA, Escorial, mayo de 1932, págs. 179-195.

Groussac, Paul: *Zorrilla de San Martín*, en la edición de 1930 de *La leyenda patria y Notas de un himno*, Montevideo, págs. 179-189.

Gumucio, Rafael B.: *Este libro y su autor*, prólogo, págs. V-XX, a *Notas de un himno*, de Zorrilla de San Martín, Santiago, 1877. Se reproduce fragmentariamente, págs. 211-220, en la edición de Montevideo, 1930.

Gumucio, Rafael B.: *Juan Zorrilla de San Martín*, LA ESTRELLA DE CHILE, Santiago, t. XIV, número 534, 30 de diciembre de 1877, pág. 496.

Jota: *Impresiones sobre "Tabaré"*, REVISTA CATÓLICA, Santiago, XX, 4 de marzo de 1911, págs. 196-198.

Lauxar (Oswaldo Crispo Acosta): *Motivos de crítica: Juan Zorrilla de San Martín, Julio Herrera y Reissig, María Eugenia Vaz Ferreira*, Montevideo, 1929, págs. 5-127; y en la edición de 1930, Montevideo, de *La leyenda patria y Notas de un himno*.

Mirau, José María: *Don Juan Zorrilla de San Martín, poeta, orador y creyente*, EL PUEBLO, Buenos Aires, 5-XI-1931.

Montero Bustamante, Raúl: *El Parnaso oriental*, Montevideo, 1905, págs. 122-140.

Moreno, Fulgencio R.: *Zorrilla de San Martín*, Asunción, 1915.

Otamendi, Roque C.: *Una visita a Zorrilla de San Martín*, LA NACIÓN, Buenos Aires, 27-XII-1925.

* Pérez Petit, Víctor: *Juan Zorrilla de San Martín*, NOSOTROS, Buenos Aires, vol. XXXIII, págs. 149-181, 374-391 y 455-479, octubre, noviembre y diciembre de 1919.

* Pérez Petit, Víctor: *Juan Zorrilla de San Martín*, NOSOTROS, Buenos Aires, vol. LXXIII, págs. 375-76, noviembre-diciembre de 1931.

Peza, Juan de Dios: *Tabaré*, en *Memoorias, reliquias y retratos*, México, 1911, págs. 328-351.

Pivel Devoto, Juan E. (y Alcira Rani-ri de Pivel Devoto): *Historia de la República del Uruguay*, Montevideo, 1945, págs. 479-481.

Ramírez, Octavio: *El poeta patriarcal*, LA NACIÓN, Buenos Aires. Supongo que del domingo siguiente al fallecimiento, en noviembre de 1931.

Rojas, Ricardo: *Don Juan Zorrilla de San Martín*, Buenos Aires, 1933.

Sabat Ercasty, Carlos: *Semblanza de Zorrilla de San Martín*, en *Antología y crítica de la literatura uruguaya*, de N. Fusco Sansone, págs. 47-52, Montevideo, 1940.

Salaverri, Vicente A.: *Zorrilla de San Martín, patriarca de las letras uruguayas*, LA NACIÓN, Buenos Aires, 13 de julio de 1927.

Sánchez, Luis Alberto: *Nueva historia de la literatura americana*, Buenos Aires, 1944, pág. 292.

Scarone, Arturo: *Uruguayos contemporáneos*, Montevideo, 1937, págs. 609-610.

Soto, Antonio (Boy). *Cincuenta años después. Zorrilla de San Martín vuelve a recitar su "Leyenda patria" donde la recitó por primera vez*, LA NACIÓN, Buenos Aires. Artículo firmado en mayo de 1929.

Soto, Antonio (Boy): *El mundo de Zorrilla de San Martín*, LA NACIÓN, Buenos Aires, 27 de mayo de 1945.

Tomé, Eustaquio: "*La leyenda patria*". *Su valor artístico y su significado histórico*, en *Antología y crítica de la literatura uruguaya* de N. Fusco Sansone, Montevideo, 1940, págs. 53-59.

Torres Ríoseco, Arturo: *La gran literatura iberoamericana*, Emecé, Buenos Aires, seg. edición, 1945.

Valera, Juan: *Tabaré*, en *Cartas americanas*, t. II, XLII de las Obras completas, págs. 253-290. Reproducido en la ed. de *Tabaré* hecha por Estrada, Buenos Aires, 1945.

Venturino, Pascual: *Una visita a Zorrilla de San Martín*, ZIG-ZAG, Santiago, 25-III-1922.

Villagrán Bustamante, Héctor: *Un pacifista: Juan Zorrilla de San Martín*, en *Márgenes*, Montevideo, 1933, págs. 79-83.

Zum Felde, Alberto: *Crítica de la Literatura uruguaya*, Montevideo, 1921, págs. 61-80.

Zum Felde, Alberto: *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*, Montevideo, 1930, t. I, págs. 249-272; y ed. Claridad, Montevideo, 1941, págs. 154-169.

Zum Felde, Alberto: *Introducción a Tabaré*, colección Estrada, Buenos Aires, 1944.